

Bien hubiera querido yo renovar entonces el grito de ¡*Viva Ceres!* Este pan, fruto de la nueva cosecha, hacia ver la falsedad de una prediccion que refiere Chandler. Decíase en Eleusis, en el tiempo de este viajero, que si alguna vez se llevaran la estatua mutilada de la diosa, dejaria de ser fértil aquel terreno; pero Ceres se habia ido á Inglaterra, y los campos de Eleusis no por eso eran menos fecundados por aquella Divinidad real que convida á todos los hombres al conocimiento de sus misterios, que no teme ser destronada:

Qui donne aux fleurs leur aimable peinture,

Qui fait naitre et murir les fruits,

Et leur dispense avec mesure

Et la chaleur des jours et la fraicheur des nuits.

Este opíparo banquete y la paz de que disfrutábamos, me eran tanto mas gratas, cuanto que lo debiamos, por decirlo así, á la proteccion de la Francia. Hace treinta ó cuarenta años que los piratas infestaban todas las costas de la Grecia, y particularmente los puertos de Corinto, de Megara y de Eleusis; pero desde que se estableció un orden regular en las escalas de Levante, habia desaparecido poco á poco aquella piratería, encargándose nuestras fragatas de su esterminio, y respirando bajo el pabellon francés los súbditos otomanos. Las últimas revoluciones que han agitado la Europa han llamado por un momento la atencion de las potencias hácia otras combinaciones; pero los piratas no han vuelto á aparecer. Brindamos, pues, por la gloria de aquellas armas que protegian en Eleusis nuestro festin, como los atenienses debieron dar las gracias á Alcibiades

cuando condujo en seguridad la procesion de Iaco hasta el templo de Ceres.

Por fin, llegó el célebre dia de nuestra entrada en Atenas, que fué el 23 á las tres de la mañana. Tomamos, pues; la via sacra, y puedo asegurar que el iniciado mas devoto de Ceres jamás habria probado un trasporte tan vivo como el mio: nos habiamos engalanado como si fuéramos á una fiesta; el genízaro habia vuelto del revés su turbante, y por extraordinario habian almohazado los caballos. Atravesamos el cauce de un torrente llamado *Saranta-Potamo* ó los *Cuarenta rios*, que probablemente era el Cefiso Eleusino: vimos algunas ruinas de iglesias cristianas, que sin duda ocupaban el lugar del sepulcro de aquel Zarex, á quien el mismo Apolo habia instruido en el arte del canto. Encontramos tambien otras ruinas, que serian acaso las de los monumentos de Eumolpo y de Hippothon; vimos los arroyos de agua salada, donde durante las fiestas de Eleusis el populacho griego se burlaba de los pasajeros, en memoria de las injurias que una vieja habia dicho á Ceres cuando pasó por allí. Dirigiéndonos despues hácia la punta del canal de Salamina, entramos en el desfiladero que forman los montes Parnes y Ægaleo: á esta parte de la via sacra se le llamaba el *Mistico*. Descubrimos el monasterio de Daphne, edificado sobre las ruinas del templo de Apolo, y cuya iglesia es una de las mas antiguas del Atica. Un poco mas lejos descubrimos las ruinas del templo de Venus. En fin, comenzándose á ensanchar el desfiladero, dimos vuelta al monte Pæcilo, colocado en medio del camino, como para cubrir el cuadro, y de pronto se nos presentó la llanura donde está Atenas.

Los viajeros que visitan la ciudad de Cécrope llegan ordinariamente por el Pireo ó por el camino de Negroponto,

y entonces pierden parte de esta hermosa vista, pues cuando se viene por el mar, no se ve la ciudadela; y el Anchesmo rompe la perspectiva cuando se baja de la Eubea; pero mi buena suerte quiso traerme por el verdadero camino para ver á Atenas en toda la hermosura de su paisaje.

Lo primero que fijó mi atención fué la ciudadela alumbrada por los rayos del sol saliente, porque estaba delante de mí, al otro lado de la llanura, y parecía apoyarse en el monte Himeto, que formaba el fondo del cuadro. Veíanse mezclados confusamente los capiteles de los Propileos, las columnas del Partenón y del templo de Erectheo, las troneras de una muralla con cañones, las ruinas góticas de los cristianos, y los paredones de los musulmanes.

Dos cerritos, el Anchesmo y el Museo, se elevaban al Norte y al Mediodía del Acropolis; y en medio de los cerros y al pié del Acropolis se veía á Atenas: sus terrados, colocados entre los minaretes, los cipreses, las ruinas, las columnas aisladas y las cúpulas de las mezquitas coronadas con los nidos de las cigüeñas, producían un efecto pintoresco al iluminarlas el sol. Pero si en sus ruinas se reconocía aún á Atenas, veíase también por el género y carácter general de su arquitectura, que la ciudad de Minerva no estaba ya habitada por el pueblo á quien protegía.

Una cordillera de montes que termina en el mar, forma la llanura de Atenas. Desde el paraje en que yo la veía hasta el monte Pécilo, parecía la ciudad dividida en tres fajas ó regiones, que corrían en dirección paralela desde el Norte al Mediodía. La primera y más cercana á mí, estaba erial y cubierta de maleza; la segunda cultivada y acababan de levantar la cosecha, y la tercera cubierta de olivares, que se extendían algo circularmente desde las fuentes del Iliso, pasando por las faldas del Anchesmo, hasta cerca del puerto Phaleres.

El Cefiso riega estos olivares, los cuales son tan viejos, que parecen descender de la oliva que Minerva hizo salir de la tierra. El cauce del Iliso, que está casi seco, se estiende por el otro lado de Atenas, entre la ciudad y el monte Himeto. La llanura no es del todo igual, porque una cordillera de colinas que se desprenden del Himeto, la desnivela y forma las diferentes alturas sobre las cuales se levantaron poco á poco los monumentos de Atenas.

No es en el primer momento de vivas sensaciones cuando se goza del mayor placer. Acercábame á Atenas con un gozo que apenas me dejaba reflexionar; pero mis sensaciones eran diferentes de las que produjo en mí la vista de Lacedemonia. Hasta en sus ruinas han conservado Esparta y Atenas sus diferentes caracteres y géneos: las de la primera son sombrías, graves y solitarias, y las de la segunda risueñas, ligeras y habitadas. A la vista de la patria de Licurgo, las ideas se ofrecen serias, lúgubres y profundas; el alma se fortifica, se eleva y se engrandece; pero delante de la ciudad de Solon queda uno como deslumbrado por los prodigios del génio, y se concibe la idea de la perfección del hombre como sér inteligente y moral. Los sublimes sentimientos de la naturaleza humana adquieren en Atenas cierta elegancia desconocida en Esparta. El amor de la patria y de la libertad no era en los atenienses un instinto ciego, sino un sentimiento ilustrado, fundado en aquel gusto de lo bello en todos los géneros, de que tan liberalmente los había dotado el cielo; en fin, pasando de las ruinas de Esparta á las de Atenas, conocí que hubiera querido morir con Leonidas y vivir con Pericles.

Nos encaminábamos á aquella pequeña ciudad cuya jurisdicción comprendía solo unas quince ó veinte leguas, no llegando su población á la de un arrabal de Paris, y la

cual no obstante compite en fama con el imperio romano. Mirando atentamente sus ruinas, la apliqué aquellos versos de Lucrecio:

Primæ frugiferos fœtus mortalibus ægris  
Dididerunt quondam præclaro nomine Athenæ,  
Et recreaverunt vitam, legesque rogarunt;  
Et primæ dederunt solatia dulcia vitæ.

No conozco cosa mas gloriosa para los griegos que aquellas palabras de Ciceron: "Ten presente, Quincio, que mandas á los griegos, y que civilizaron á las demás naciones, y las enseñaron á ser humanas y de suave trato, y á los cuales debe Roma todo cuanto sabe." Cuando uno piensa lo que era Roma en tiempo de Pompeyo y de César, y en lo que era el mismo Ciceron, advierte un elogio magnífico en estas pocas palabras.<sup>1</sup>

Apresuradamente atravesé las dos primeras regiones, la erial y la cultivada, porque ya no se ven en el camino el monumento de Rodion y el sepulcro de la cortesana; pero en cambio se distinguan las ruinas de algunas iglesias. Entramos en el olivar, y antes de llegar al Cefiso vimos dos sepulcros y un altar de Júpiter-Indulgente. No tardamos en descubrir el lecho del Cefiso entre los troncos de los olivos, que como antiguos sauces crecian á su orilla: eché pié á tierra para saludar al rio y beber su agua, y hallé la que precisamente necesitaba en un hoyuelo de la orilla, porque la demás la habian tomado mas arriba para regar unos planteles de olivos. Siempre he encontrado un

<sup>1</sup> Plinio el Joven escribia casi lo mismo á Máximo, procónsul de Acaya.

placer en beber el agua de los rios célebres: de ahí es que he bebido las aguas del Mississipí, del Támesis, del Rhin, del Pó, del Tíber, del Eurotas, del Cefiso, del Hermo, del Granico, del Jordan, del Nilo, del Tajo y del Ebro. ¡Cuántos hombres á la orilla de estos rios pueden decir como los israelitas: *¡Sedimus et flevimus!*

A alguna distancia hácia mi izquierda descubrí las ruinas del puente que Xénocles de Lindo echó sobre el Cefiso. Volví á montar á caballo, y no procuré ver la higuera sagrada, el altar de Zéfiro, la columna de Antemócrito, porque en este punto no sigue el camino moderno la antigua via sacra. Al salir del olivar encontramos un jardin cercado, y que viene á ocupar el espacio donde estaba el Cerámico exterior. Aun tardamos media hora en llegar á Atenas á través de unas mieses. La ciudad no tiene mas murallas que unas ligeras paredes como de jardin. Paseamos por calles alegres, aseadas: las casas tienen cada una su huertecito con naranjos ó higueras: los habitantes me parecieron joviales y noveleros, y no noté en ellos aquel aire de abatimiento de los moraitas. Enseñáronnos la casa del cónsul.

No podia haberme dirigido á otro guía mejor que Mr. Fauvel para ver á Atenas, porque hace muchos años que habita en la ciudad de Minerva, y la conoce tan bien como un parisiense á Paris. Ha escrito escelentes memorias, y le deben útiles descubrimientos sobre Olimpia, la llanura de Maraton, el sepulcro de Temístocles, el Pireo y el templo de la Venus de los jardines. Encargado del consulado de Atenas, que no es para él mas que un título de proteccion, ha trabajado y sigue trabajando como pintor, en el *Viaje pintoresco á Grecia* de Mr. de Choiseul-Gouffier, quien

me habia hecho el obsequio de proporcionarme una carta del ministro,<sup>1</sup> recomendándome al cónsul.

No hay que esperar de mí una completa descripcion de Atenas, porque es preciso recordar cuanto llevo indicado en la introduccion relativamente á la historia de esta ciudad. Para el que quiera reconocer los monumentos de la antigua Atenas, basta en general la lectura de la traduccion, aunque defectuosa, de *Pausanias*, y el *Viaje del joven Anacharsis* nada deja que desear tampoco en esta parte. En cuanto á las ruinas de esta célebre ciudad, pueden verse las cartas que forman la coleccion de Martin Crusio al padre Babin, al mismo La Guilletiere, á pesar de sus delirios; á Pococke, Spon, Wheler, y sobre todos á Chandler y Mr. Fauvel; pero si se quiere tener una noticia exacta de los planos, mapas y vistas de Atenas, deben consultarse los trabajos del marqués de Nointel, de Leroy, de Stuart y de Pars, y mas aún de Mr. de Choiseul, en su obra citada, que aunque no concluida por un cúmulo de desgracias, contiene la historia completa de Atenas. Los autores que acabo de citar tratan muy bien la parte perteneciente á las costumbres y al gobierno de los griegos modernos, y como aquellas no varían en el Oriente, como sucede en Francia, es muy exacto cuando dicen Chandler y Guys.<sup>2</sup>

Sin ostentar erudicion á espensas de mis predecesores, referiré mis investigaciones y mis ideas relativas á Atenas, dia por dia y hora por hora, insiguiendo el plan que he observado hasta aquí. Pero vuelvo á advertir que debe considerarse este *Itinerario* mas como la memoria de un año de mi vida, que como el producto de un viaje científico.<sup>3</sup>

<sup>1</sup> Mr. de Talleyrand.

<sup>2</sup> Conviene, sin embargo, leer á este último con desconfianza y ponerse en guardia contra su sistema.

<sup>3</sup> Véase la advertencia.

Tuve la fortuna de encontrar en su casa á Mr. Fauvel, é inmediatamente le entregué las cartas de Mr. de Choiseul y de Mr. de Talleyrand. Mr. Fauvel conocia ya mi nombre, y yo no pude decirle: *Son pittor anch'io*; pero sí un apasionado lleno de entusiasmo y celo, aunque privado de talento; y que me animaban los mas vivos deseos de estudiar la antigüedad; y que venido de lejos para bosquejar y borrar algunos malos bocetos, me presentaba á él como un alumno con la mayor docilidad.

Al instante nos dirigimos mutuamente mil preguntas sobre Atenas y Paris; pero pronto nos olvidamos de Paris, ocupándonos completamente en Atenas. Mr. Fauvel, entusiasta de las artes, y contento de encontrar un discípulo, tenia acaso mas deseos de enseñarme Atenas de los que sentia yo por verla; pero sin embargo, creyó mas útil dejar pasar el mayor calor del sol.

Nada me indicaba que estaba hospedado en casa de un cónsul; pero en cambio me hallaba en el retiro de un artista y anticuario. ¡Qué placer para mí encontrarme alojado en Atenas en un cuarto lleno de moldes del Partenon! Todas las paredes estaban adornadas con vistas del tiempo de Teseo, de planos de los Propileos, y de mapas de Atica y del llano de Maraton: habia algunos mármoles sobre una mesa, y medallas, vasos y cabecitas de barro cocido en otra. Con gran sentimiento mio barrieron aquel venerable polvo; entre tan maravillosas obras colocaron un catre de correas, y á la manera de un recluta que llega al ejército la víspera de un gran combate, dormí en el campo de batalla.

La casa de Mr. Fauvel, lo mismo que las demás de Atenas, tiene un patio delante y un jardin á la espalda. Yo me asomé á todas las ventanas por ver si descubria siquie-

ra alguna cosa en las calles inmediatas; pero fué inútil este afán. Veia, sin embargo, por entre los techos de las casas contiguas un pequeño ángulo de la ciudadela, y me quedé clavado en la ventana, como un estudiante que espera con ansia la hora de recreo. El genízaro de Mr. Fauvel se habia encargado del mio y de José, y por consiguiente ya estaba libre de este cuidado.

A las dos nos sirvieron la comida, que consistia en un guisado de carnero y pollos, medio á la francesa, medio á la turca. El vino, áspero y fuerte, como nuestros vinos del Ródano, era de excelente calidad; pero me pareció tan amargo, que me fué imposible beber. En casi todos los cantones de Grecia echan mas ó menos piñas en el fondo de las cubas, y esto da al vino cierto saber amargo y aromático, al que cuesta mucho acostumbrarse.<sup>1</sup> Si esta costumbre se ha trasmitido desde la antigüedad, como presumo, basta para esplicarnos por qué las piñas se consagraban á Baco. Sirviéronme tambien miel del monte Hymetto, que me pareció muy desagradable; y prefiero la de Chamouni. Despues he probado en Kircagach, cerca de Pér-gamo, en la Anatolia, otra miel algo mas grata, y tan blanca como el algodón, sobre el que la recogen las abejas, y cuya consistencia y firmeza se parece á las pastillas de malvavisco. Mi huésped se reia de los visajes que hacia yo probando el vino y la miel del Atica, y como era preciso distraerme con alguna cosa, me hizo observar el traje de la mujer que nos servia; traje parecido en un todo al de las antiguas griegas, particularmente en los pliegues hori-

<sup>1</sup> Otros viajeros atribuyen este gusto del vino á la pez con que suelen mezclarlo; pero aun cuando esto sea cierto, no por eso dejan de echar tambien las piñas.

zontales y ondulantes que se forman delante del pecho, hasta llegar á juntarse con los pliegues perpendiculares que marcan la orla de la túnica. La tela grosera de que estaba formado el vestido de aquella mujer contribuía mas á la semejanza, porque calculando por la estatuaria, las telas de que usaban los antiguos eran mas tupidas que las nuestras. Seria imposible formar con las muselinas y las sedas de nuestras modernas elegantes, las estensas ondulaciones de los trajes antiguos; pero jamás el cincel ha podido copiar la gasa de Ceos, y los otros velos que los satíricos llaman traje de nubes.

Mientras comiamos, recibimos las visitas de etiqueta de los que se llaman la nacion en Levante, compuesta de los comerciantes franceses ó dependientes de casas de Francia, y que habitan diferentes escalas. En Atenas no hay mas que una ó dos casas de esta especie, que hacian el comercio de aceite. Mr. Roque tuvo á bien visitarme: tenia familia, y me convidó á ir á verla en compañía de Mr. Fauvel; y en seguida comenzó á hablar de la sociedad de Atenas: "Un extranjero establecido hacia algun tiempo en Atenas, habia sentido é inspirado una pasion que daba que hablar á la poblacion.... Tenia relaciones cerca de la casa de Sócrates, y de ello se hablaba mucho hácia el lado en que se encuentran los jardines de Focion.... El arzobispo de Atenas no habia vuelto todavía de Constantinopla, á donde habia ido con la mision de obtener justicia contra el bajá de Negroponto, que amenazaba con imponer una nueva contribucion á Atenas. Para prevenir este golpe de mano, se habia reparado el muro del recinto, sin embargo que todo se podia esperar del mediador que se habia buscado, que era el jefe de los eunucos negros, señor de Atenas, que sin duda tenia con su alteza mas valimiento que el bajá.

(¡Oh, Solon! ¡oh, Temístocles! ¡el jefe de los eunucos negros, dueño de Atenas, y las demás ciudades de Grecia enviando una dicha tan singular á los atenienses!)..... En fin, Mr. Fauvel habia hecho muy bien en despedir al religioso italiano, que vivia en la Linterna de Demóstenes (uno de los mas bellos monumentos de Atenas), y poner en su lugar á un capuchino francés, cuyas costumbres eran puras, y cuyo carácter afable é inteligente atraia á los extranjeros que, segun costumbre, bajaban á ver el convento francés....” Tal era el objeto de las conversaciones en Atenas; y observábase que todos llevaban allí su tren, y que un viajero que lleve bien erguida la cabeza, se halla un poco confundido, cuando al llegar á la calle de las Trípodas se ve precisado á oír los chismes de su aldea.

Dos viajeros ingleses acababan de partir de esta ciudad cuando yo llegué, y aun habia en ella un pintor ruso, que vivia muy retirado. Atenas es muy concurrido por los aficionados á las antigüedades, porque está en el camino de Constantinopla, y se llega á ella fácilmente por mar.

Despues de las cuatro de la tarde, y pasada la fuerza del calor, Mr. Fauvel hizo llamar á su genízaro y al mio, y salimos de casa precedidos de nuestros guardias; palpitábame de alegría el corazon, y me creia avergonzado viéndome todavía tan jóven. Casi á la puerta de la casa me hizo reparar Mr. Fauvel en las ruinas de un templo antiguo. De allí volvimos á la derecha, y atravesamos unos callejones muy habitados. Entramos en el bazar, que me pareció fresco y abundante en carnes, caza, yerbas y frutos. Cuantas gentes encontrábamos saludaban á Mr. Fauvel, y querian saber quién era yo; pero ninguno acertaba á pronunciar mi nombre. Sucedia lo mismo que en la antigua Atenas: *Athenienses autem omnes*, dice San Lucas, *ad nihil*